



Recensiones e segnalazioni

Gilfredo Marengo, «*Amo perché amo, amo per amare*». *L'evidenza e il compito*, Cantagalli, Siena 2007, 72 pp.; José Noriega, *Eros e agape nella vita coniugale*, Cantagalli, Siena 2008, 56 pp.; Livio Melina, *Imparare ad amare. Alla scuola di Giovanni Paolo II e di Benedetto XVI*, Cantagalli, Siena 2009, 156 pp.

Estos tres libros, breves en cuanto a su extensión y pequeños en cuanto a su tamaño, son parte de la sección *Strumenti* (dentro de la colección *Amore umano*), en la cual se publican textos que nacen de la actividad, sobre todo docente, del Instituto Juan Pablo II para los Estudios sobre el Matrimonio y la Familia, en Roma. Se trata de textos para tomar contacto con el desarrollo del trabajo del Instituto, especialmente sobre temas de particular actualidad. Pretenden ser profundizaciones y aclaraciones para un amplio público no especializado, aunque pueden ser densos en cuanto a las ideas.

El título de la primera obra proviene de San Bernardo: «*Amo quia amo; amo ut amem*» (*Sermones super Cantica Canticorum*, 83, 4). Marengo se concentra sobre la intrínseca inteligibilidad de la experiencia del amor humano. Siguiendo a Karol Wojtyła – Juan Pablo II, presenta la «irreductibilidad de la experiencia» humana y cómo sólo se puede saber qué es el amor, amando, aprendiendo a «amar el amor». No existe una razón que explique el amor antes de que suceda. A partir de esta experiencia, el autor encuentra las razones teológicas que muestran cómo sólo la singular propuesta cristiana es capaz de hacer posible la experiencia de un «amor verdadero». El amor verdadero es, en el hombre histórico, el «hombre en camino» (*homo viator*), unidad de *eros* y *agape*. La finalidad del amor es el amor mismo. Sigue la explicación sobre la diferencia entre

enamoramamiento y amor, sobre el carácter definitivo y la fecundidad del amor, del amor como «elección» de la voluntad (no mero sentimiento) y entrega de sí, y de la forma pública y ritual de este mutuo consentimiento, que manifiestan cómo las características del amor verdadero no depende de la arbitraria libertad de los amantes. El matrimonio se presenta, así, como el lugar donde se muestra la verdad del amor y donde los esposos se entregan a Cristo, que los amó primero, para convertirse verdaderamente en amantes, pudiendo, en el amor al amado, experimentar y participar al amor mismo, libre e incondicionado de Cristo por su Esposa. Se concluye con la dimensión central de la fecundidad, que «descentra» a los esposos hacia un «tercero», impidiéndolos que su amor se cierre en ellos mismos. El hijo testimonia, al mismo tiempo, el carácter definitivo de su amor, que, en Cristo, participa de una dimensión escatológica: «para siempre». Por todo esto, como señala el subtítulo, el amor es «evidencia» y «tarea», vocación.

José Noriega, en *Eros y agape en la vida conyugal*, expone cómo la tendencia erótica es capaz de llegar a Dios. Para ello, en un primer lugar explica la novedad que la experiencia amorosa implica para la persona. Siguiendo a Santo Tomás de Aquino, muestra que la dinámica del afecto sensible o «pasión» del amor erótico es un evento que nos sucede y nos transforma interiormente al introducirse la otra persona en nuestra intimidad, el amado en el amante. Se trata de una presencia dinámica, que genera un proceso de identificación con el otro, moviéndonos a la unión con él (unión afectiva). Este amor promete una comunión recíproca que dure en el tiempo, una amistad, la plena convivencia en la compartición del don de la inti-

midad recíproca (unión real). Entra aquí en juego la libertad, que es interpelada a responder. La libertad deja de ser, pues, la reivindicación de una autonomía, pues encuentra su origen en el don del otro y su fin en la comunión con él. Esto es decisivo para la vida moral, pues la persona «por el hecho mismo de querer el fin, se mueve a sí misma a querer lo que es para el fin». El amor se convierte en luz para la inteligencia, gracias a una connaturalidad nueva, por la cual el amante reacciona afectivamente ante los diversos bienes contingentes según estén o no en conformidad con el amor a su amado, según le lleven o no a la comunión con su amado y guiando de este modo la razón práctica en la elección o rechazo de estos bienes. El obrar humano se configura, pues, como el tentativo de lograr la comunión prometida, de realizar la plenitud entrevista. La vida moral no consiste en la obediencia a unas normas, sino en el impulso hacia la plenitud del amor.

En cuanto a la sexualidad, la recta ordenación de este amor y su estabilidad en el tiempo corresponde a la virtud de la castidad, gracias a la cual se crea la unión entre el *eros* deseoso de una plenitud y el amor como don de sí, que busca la promoción y el bien del otro, el bien común donde el amante encuentra también su propio bien. El placer sexual se transforma, entonces, en el gusto de estar con la otra persona y gozar de su aprecio, ternura y don, en gozar de amar y ser amados. Porque se quiere la felicidad plena de la otra persona y se da uno cuenta de los propios límites, el verdadero amor se abre a la trascendencia que encuentra en un tercero, el hijo, su primera configuración, pero se abre también a Dios, como fuente del amor, el único que podrá llenar en plenitud la vida de

quienes más amamos. El *eros* se abre así al deseo de Dios, pero no lo puede encontrar por sí mismo, porque Dios no es un bien entre los bienes. ¿Cómo superar esta tensión? Viene la segunda parte de la obra: el encuentro del *eros* con el *agape*, gracias a la acción del Espíritu Santo, que en el sacramento del matrimonio configura a los creyentes con Cristo esposo, que se entrega a su esposa, la Iglesia. Los esposos se hacen partícipes de este amor sponsal. El Espíritu Santo que habita en los esposos, entra en el *eros* humano, divinizándolo, integrando todos los dinamismos amorosos en la relación con Dios, ofreciendo el fin que buscan, el fin de la comunión con Dios, que se ofrece como principio de un obrar nuevo. El amor conyugal alcanza la plenitud a la cual está ordenado interiormente, transformándose en caridad conyugal, que es el modo como los esposos participan y son llamados a vivir la caridad de Cristo que se dona en la cruz. Así, además de vivir una singular amistad entre ellos, los esposos viven también la amistad con Dios. En su obrar actualizan la comunión con Dios, la hacen presente como comunión conyugal. La caridad conyugal, irrigando todo el *eros* y anclándolo en Dios, genera la virtud de la castidad conyugal. La caridad se convierte en el inicio de un nuevo obrar que impulsa hacia la comunión con Dios en la mediación de la comunión conyugal. Los esposos, mediante una vastísima variedad de acciones, no sólo se comunican el propio amor y ternura, sino que también se comunican lo que Dios les ha dado: el don del Espíritu. Su amor conyugal, al participar en el amor de Cristo, es un amor salvífico que les hace más semejantes a Dios, que los «deifica». La vida conyugal se convierte en un camino de santidad. La santidad conyugal es la perfección propia del amor conyugal vivido en el Espíritu. En la tercera parte, se explica la relación entre *eros* y virginidad. El don de la virginidad por el Reino de los Cielos implica una singular

presencia afectiva de Cristo, que transforma al hombre e integra en su movimiento de comunión con el Padre todos los dinamismos humanos. Este don anticipa el don escatológico hacia al cual tiende el *eros*, la comunión con Dios. La virginidad aparece, así, como sentido último del *eros*, como una anticipación en el tiempo de cuanto está llamado a recibir en la vida eterna.

El tercer libro de Melina (*aprender a amar en la escuela de Juan Pablo II y de Benedicto XVI*) es el más largo, pero el más fácil de presentar. En el primer capítulo explica el mensaje central de Karol Wojtyła en la obra ya clásica: *Amor y responsabilidad*. «El amor es el lugar donde se revela el valor único e irreplicable de la persona y su vocación al don de sí porque [...] permite restablecer un nexo positivo entre libertad y verdad» (p. 48). El segundo capítulo relea la teología del cuerpo de Juan Pablo II (1979-1984), que nos ayuda a captar el sentido de la diferencia sexual como vocación al amor y el consiguiente nexo entre lenguaje del cuerpo y actos del amor sexual. En el siguiente capítulo, basándose en encíclica de Benedicto XVI, *Deus caritas est* (2005), se ilustra la «gramática elemental del amor», fundada sobre la diferencia sexual entre hombre y mujer, sobre la llamada a la comunión de las personas en «una sola carne» y sobre la apertura fecunda a la transmisión de la vida, elementos constitutivos del «misterio nupcial». El cuarto capítulo recorre el itinerario de maduración teológica que va desde la encíclica *Humanae vitae* de Pablo VI (1968), pasando por la *Familiaris consortio* (1981) y las Catequesis sobre el amor humano de Juan Pablo II. Finalmente, el último capítulo reflexiona sobre el nexo entre amor y esperanza. Para amar es necesario esperar. Engendrada por el amor, la esperanza abre a éste un futuro y sostiene así la tensión de la libertad en las circunstancias arduas de la vida.

José María Antón, L.C.

Katherine Ellison, *Il cervello delle mamme. Come la maternità ti rende più brillante*, Rizzoli, Milano 2011, 303 pp.

Arriva dagli Stati Uniti il libro: «*Il cervello delle mamme. Come la maternità ti rende più brillante*» di Katherine Ellison, giornalista americana, vincitrice del premio Pulitzer e madre di due figli.

Il coro pessimistico circa la svenatezza e il declino mentale connessi alla maternità compare dopo lo storico ingresso delle donne nel mondo del lavoro, a partire dagli anni Sessanta.

Nel 1963 nella *Mistica della femminilità* Betty Friedan paragonò le casalinghe a «cadaveri ambulanti». Qualche anno dopo uscì il bestseller *Diario di una casalinga disperata* il racconto delle giornate di Tina madre di due figli, eroina nevrotica e farmacodipendente. Nel 1971 una neuro anatomista Marian Diamond, madre di quattro figli pubblicò uno studio su come la maternità costituisca «uno straordinario arricchimento cerebrale» ma afferma che «nessuno le prestò attenzione» e non proseguì le ricerche.

In effetti dagli anni Sessanta agli anni Ottanta la politica scoraggiò le ricerche scientifiche relative all'influenza della riproduzione sulle donne. Le femministe erano diffidenti verso le teorie secondo cui le donne avevano una predisposizione naturale ad accudire i figli, proprio nel momento in cui le professioniste iniziavano a lavorare in campi fino ad allora dominati dagli uomini. Come scrive Susan Faludi nel suo bestseller *Contrattacco* «differenza» diventò la nuova parola usata per neutralizzare la campagna femminista a favore dell'uguaglianza.

La filosofa Sara Ruddick autrice di *Pensiero materno* ricorda di aver ricevuto aspre critiche per aver sottolineato la differenza tra uomini e donne suggerendo che le madri vedevano il mondo in un'ottica diversa. L'illustre sociologa Alice Rossi, fondatrice della *National Organization for Women* afferma che nel 1983 quando tenne

una conferenza, sostenendo la differenza tra i ruoli primari di uomini e donne derivanti da differenze genetiche, ricevette attacchi analoghi. Le femministe ripetevano ancora che le eventuali differenze tra i generi dipendevano dal fatto che la società aveva costretto le donne ad assumere quei ruoli.

Vige tuttora la mentalità di lamentarsi su come i figli compromettano le finanze, l'umore, i fianchi e il cervello. La nuova angoscia genitoriale è profonda.

Tuttavia l'autrice dopo la nascita dei suoi due figli giunge ad una conclusione inattesa: non si sentiva danneggiata dalla maternità. La vita professionale più flessibile le conferiva maggiore creatività e i figli impartivano costantemente più lezioni sulla natura umana: la sua e la loro.

Ed inoltre continuava ad incontrare madri che si sentivano allo stesso modo.

Nel libro l'autrice riporta gli studi sulla mente umana e sulla capacità di rinnovarsi e adattarsi a seconda delle necessità. E la maternità è una di questa: si scopre che non solo non intacca le facoltà mentali delle donne ma le potenzia. Spesso però sono proprio le mamme a perdere fiducia in loro stesse e allora Katherine Ellison racconta anche le esperienze dirette di molte donne che insegnano come prendere coscienza e usare al meglio queste nuove facoltà.

Spiega infatti come alcune madri manager abbiano sfruttato le loro capacità genitoriali nel contesto lavorativo. La diplomatica Madeleine Albright ha dichiarato che la pratica materna è stata un'ottima palestra per la gestione di una complessa burocrazia e la supervisione di delicate negoziazioni riguardanti i conflitti esteri.

La signora Albright ha rivelato a "Mothering Magazine" che in quei momenti le tornavano spesso in mente le «mie bambine che litigavano e faticavano a capire il punto di vista altrui».

J.K. Rowling la famosa autrice di Harry Potter racconta come sia riuscita a scrivere il primo ro-

manzo della serie mentre cercava di sbarcare il lunario e di accudire da sola una neonata. Il segreto era sfruttare appieno i pisolini della bambina. «È sorprendente ciò che si riesce a fare quando si sa di avere poco tempo. Probabilmente non sono più stata così produttiva se si considera il numero di parole scritte in un'ora».

Inoltre l'autrice intervistando numerosi scienziati negli Stati Uniti e all'estero scoprì che molti di loro avevano trovato prove convincenti per sradicare lo stigma del calo intellettuale associato alla gravidanza. Ma a differenza degli studi tradizionali sulla genitorialità che gravitano intorno al bambino, le nuove ricerche indagano l'impatto della genitorialità sui genitori.

Michael Merzenich che ha condotto studi pionieristici sullo sviluppo cerebrale all'università californiana di San Francisco afferma che «dal punto di vista neurologico avere un bambino è una rivoluzione per il cervello. È un'esperienza che cambia la vita perché si affrontano difficoltà fisiche, mentali ed organizzative. È una fase di apprendimento e cambiamenti cerebrali. Inoltre i vantaggi derivanti da questa esperienza non dipendono solo dalle circostanze ma anche dall'atteggiamento. Se si è vittime di uno stress debilitante, per esempio, è probabile che si perdano molti benefici».

Le madri perfezionano l'attenzione, una capacità mentale che John Ratey psichiatra di Harvard esperto in questo campo, definisce «molto più di una semplice registrazione degli stimoli. Comprende una serie di processi ben precisi, dal filtraggio delle percezioni alla valutazione delle percezioni multiple, all'attribuzione di un significato emotivo a ciascuna di esse». Questa utile abitudine può essere rinforzata dal rilascio del neurotrasmettitore dopamina che viene prodotta in situazioni stressanti sostiene Ratey. Lo studioso definisce la dopamina «il neurotrasmettitore dell'attenzione, dell'apprendimento e della motivazione. Un maggiore livello di

dopamina migliora il sistema dell'attenzione e sfrutta molte più risorse della funzione esecutiva di quante se ne usassero prima. Se queste risorse si accumulano, restano a disposizione per il futuro». Secondo Ratey è ragionevole aspettarsi che le neomamme acquisiscano l'attenzione con questi e altri mezzi: «Quando una madre partorisce dev'essere il più intelligente possibile. Deve conoscere il territorio circostante, ricordare le informazioni relative al bambino ed essere in condizioni ottimali per accudirlo. Tutto ciò migliora la sua capacità di interpretare il mondo esterno».

Per intelligenza si intende un miglioramento della percezione, dell'efficienza, della capacità di recupero, della motivazione e delle capacità sociali («o intelligenza emotiva»).

Nell'ambito di queste cinque qualità indispensabili per la sopravvivenza l'ingegno delle madri si affina notevolmente.

Con i progressi compiuti dalla neuroscienza negli anni Novanta sappiamo che le nuove esperienze modificano il cervello ma anche che le esperienze positive, stimolanti e dotate di carica emotiva ne migliorano e proteggono la funzionalità, un fenomeno detto "arricchimento". I bambini offrono questo tipo di esperienza. Infatti l'educazione dei bimbi è accompagnata dall'obbligo inderogabile di affrontare sfide che mutano continuamente e diventano sempre più complesse con l'andare del tempo.

Poiché queste difficoltà sono quasi tutte di natura emotiva, non sono mai state considerate uno strumento per migliorare l'intelligenza. Tuttavia la concezione dell'intelligenza è cambiata negli ultimi due decenni, perché gli scienziati hanno dimostrato l'importanza delle reti emotive cerebrali nei processi decisionali.

L'impulso primario di aiutare il bebè in lacrime è una forma di intelligenza? Se si crede nella teoria evolutiva la risposta positiva è scontata. Nel pleistocene – il periodo che si colloca tra due mi-

lioni seicentomila e diecimila anni fa, durante il quale il cervello e il comportamento umano acquisirono i loro tratti fondamentali – i bambini avevano poche probabilità di sopravvivenza. Poiché gli uomini erano solitamente fuori a caccia, le donne dovevano perlopiù occuparsi non solo di sé stesse ma anche della prole. Man mano che l'infanzia si è allungata e la cultura umana è divenuta sempre più sofisticata questo compito ha richiesto strumenti mentali sempre più complessi. Come scrive l'antropologa Sarah Blaffre Hrdy una donna «che contasse soltanto sul proprio aspetto per salvare i figli non sarebbe rimasta madre a lungo o non avrebbe avuto discendenti».

Il semplice obiettivo di salvare la prole richiede diverse doti mentali che possono essere utili sia in famiglia sia fuori.

Ciononostante i benefici della maternità non interessano solo le madri ma anche i padri, i parenti e anche altre persone generose possono condividere i vantaggi di un rapporto affettuoso con i bambini.

Nel 2002 James Dillon psicologo della *State University of West Georgia* intervistò trentacinque genitori e quindici insegnanti invitandoli a descrivere un'occasione in cui avevano imparato qualcosa di utile da un bambino o in cui un bambino li aveva cambiati in modo significativo. Nessuno dei partecipanti divisi equamente per genere negò di aver vissuto esperienze di quel tipo.

Tuttavia nel 2001 Matthew Brett e Sallie Baxendale, due neuroscienziati britannici, annunciarono di aver individuato un nuovo disturbo psichiatrico che battezzarono *Gestational Memory Impairment (GMI)* ossia indebolimento gestazionale della memoria.

In realtà ciò che accade, come sottolineano alcuni esperti, è più complesso e incoraggiante: il cervello di una donna incinta o di una neomamma è impegnato in un'importante transizione ormonale, un processo che il neuro-

scienziato Craig Kinsley chiama «riorganizzazione». «Le eventuali *defaillance temporanee*» dice «sono la contropartita di un cervello che in un secondo momento sarà più efficiente e concentrato, capace di adattarsi ad un ambiente sempre più impegnativo».

Secondo la psicologa inglese Roz Crawley della *University of Sunderland* da uno studio del 2003, la sensazione di essere state colpite da *amnesia* da parte di molte gestanti e neomamme che hanno risposto ai sondaggi potrebbe dipendere dalle aspettative negative riguardanti gli effetti della gravidanza. Quel che cambia secondo Paul Casey psicologo, a capo del team di ricercatori della *Charles Stuart University* in Australia è la «metacognizione» ossia il modo nel quale le donne percepiscono e giudicano le proprie prestazioni cognitive.

A tale proposito Claude Steel psicologo dell'università di Stanford ha coniato il concetto di «minaccia dello stereotipo». Quanto allo stereotipo della «*amnesia*» occorre considerare che nei test cognitivi, le persone condizionate da stereotipi subliminali negativi raggiungevano punti più bassi rispetto ad altri bombardati da immagini positive. Le madri lavoratrici assillate da cliché negativi potrebbero essere altrettanto predisposte a fallire.

In merito ai condizionamenti positivi della maternità, Inga Neumann neurobiologa dell'università di Ratisbona, in base ai risultati di una ricerca, sostiene che sebbene abbiamo ancora molto da scoprire su questo fenomeno sembra che due potenti ormoni della maternità siano i principali fattori della transizione dalla paura al coraggio. L'ossitocina tiene a bada lo stress mentre la prolattina attenua l'ansia e il timore.

Sebbene ad oggi non ci siano ricerche pubblicate sulla prolattina nelle famiglie adottive, ci sono buone ragioni per sospettare che i profondi cambiamenti segnalati da molti genitori adottivi dopo il contatto con i bebè abbiano un'origine biochimica.

Anche i datori di lavoro stanno iniziando a liberarsi dei vecchi pregiudizi contro le mamme lavoratrici. «Le aziende sono meno prevenute nei loro confronti» osserva Cary Cherniss docente di psicologia alla Rutgers University che offre consulenza alle società interessate anche all'intelligenza emotiva dei dipendenti e dal 1985 «*Working Mother*» compila e pubblica un elenco annuale delle prime cento società che offrono un ambiente ospitale alle madri lavoratrici.

Infine Katherine Ellison ricorda alle madri: «Sei più forte di quanto sembri e più in gamba di quanto pensi» e conclude con un consiglio: «Tenetevi aggiornate soprattutto sugli sviluppi politici riguardanti i sostegni governativi per gli asili e i congedi familiari e se le notizie non vi piacciono, uscite di casa e prendete l'iniziativa».

Virginia Lalli

Elio Sgreccia, *Per una pastorale della vita umana. Riferimenti fondativi e contenuti dottrinali*, Cantagalli, Siena 2011, 204 pp.

La nuova pubblicazione del Card. Elio Sgreccia, già Presidente della Pontificia Accademia per la Vita e Direttore dell'Istituto di Bioetica dell'Università Cattolica del Sacro Cuore di Roma, conosciuto per i suoi molti ed importanti lavori in tema di Bioetica, raccoglie le lezioni di un corso tenuto agli studenti della Licenza dell'Istituto Giovanni Paolo II per Studi su Matrimonio e Famiglia.

Parlare di Pastorale della vita oggi, non è anacronistico.

In un'epoca di grave disorientamento morale e di diffuso secolarismo come quella che viviamo, di una «cultura e visione della vita che prescindono dall'esistenza di Dio, dall'esistenza della legge morale naturale, nonché dalla rivelazione» (p. 19), la necessità e l'urgenza di una pastorale a sostegno della vita umana diventano temi di un'attualità scottante.

Nella prima parte di quest'opera, l'autore introduce ai fondamenti della pastorale *tout-court*, immediatamente ricavabili dal dato biblico che porta l'attenzione sull'attribuzione proprio di "Pastore d'Israele" (Ez. 34) assunta da Dio stesso come guida, rifugio e sicurezza, con il compito di nutrire, difendere le pecore del Suo gregge e curare quelle ferite, in attesa di suscitare il pastore dalla stirpe di Davide; attribuzione rievocata e cantata poi nei salmi, in particolare nel Salmo 23. «Il Signore è il mio pastore: non manco di nulla!».

Nel Nuovo Testamento, viene accentuato l'aspetto della cura, ricerca e salvezza della pecorella smarrita. Questa funzione presa in carico da Dio continua, nel Nuovo Testamento, nell'opera e nella missione di Gesù Cristo, pastore e guida con la parola e con la vita: «la qualificazione pastorale nasce con il fatto-mistero della Incarnazione, per cui il Figlio di Dio assume la umanità, che è la vera, collettiva, universale pecorella smarrita» (p. 11).

Questa sublime funzione rimane il modello della missione pastorale della Chiesa universale perché l'insegnamento e l'opera di Gesù nella vita dell'uomo e per l'uomo e il dono della vita divina alla vita umana proseguono nella Chiesa, maestra e madre. Essa deve aprirsi non solo alla comunità dei fedeli e dei credenti ma a tutti i popoli e a tutte le nazioni del mondo per portare avanti il compito che Cristo stesso ha assunto e, in particolare, quello di dare la vita. La pastorale come mediazione salvifica della Chiesa presuppone che la Chiesa stessa sia portatrice, nella propria missione, del dono della salvezza che Cristo ha operato e che continua ad operare con la Sua presenza e il dono dello Spirito. Ma la pastorale della vita, alla luce dell'enciclica di papa Giovanni Paolo II, *l'Evangelium Vitae*, e delle coordinate antropologiche e cristologiche ivi espresse, e in considerazione dei rischi che corre oggi la vita umana di fronte all'invadenza sempre più prepon-

derante della scienza e delle biotecnologie, richiede istanze e contenuti peculiari. Sono quelli analizzati nella seconda parte dell'opera e che abbracciano temi oggi più che mai attuali: la creazione, Gesù Cristo Vangelo della Vita, la persona umana e la sua dignità nell'unità della corporeità vivificata dallo spirito, la sessualità e l'amore umano, il peccato e la redenzione, la pienezza della vita nella dimensione escatologica.

«Sono i punti che la secolarizzazione ha privato della loro profondità e del loro spessore: sono i punti la cui misconoscenza ha provocato la banalizzazione della vita e la dispersione dei valori umani e cristiani» (p. 55).

La creazione, che è una verità anche per la ragione, presuppone «la vita come dono di Dio. Questo fatto è alla base di una visione religiosa ispirata alla speranza e all'ottimismo» (p. 78). Perché Dio è amore e bontà. Occorre restituire al legame di amore col suo Creatore la vita umana, che nel secolarismo dominante «viene abbandonata al caso, all'evoluzione e al nichilismo morale» (p. 23) perché senza la prospettiva creazionista, «manca la luce dell'origine e l'orizzonte della speranza per l'uomo» (p. 23). Questo rapporto creativo produttivo del nostro essere e di tutta la nostra realtà, è «conservativo nell'esistenza, dura sempre, fino all'eternità... perché Dio non si pente delle sue opere» (p. 78). Pertanto la creazione non è esaurita in un atto passato ma è un divenire continuo, si rinnova costantemente nelle nuove creature e nei nuovi individui umani e nell'opera di conservazione nell'esistenza, progetto in cui uomo e donna sono stati chiamati dal Creatore ad essere collaboratori e custodi.

Gesù vero Dio e vero uomo ha «lavorato con mani d'uomo, ha pensato con mente d'uomo, ha agito con volontà d'uomo, ha amato con cuore d'uomo» (Costituzione pastorale *Gaudium et Spes*) è, proprio per questo, la migliore presentazione dell'uomo stesso e del suo mistero. Lo scopo della pa-

storale della vita non consiste solo nella comprensione del suo valore ma soprattutto «nella proposta di un modello e di un progetto di vita e di relazione fra gli uomini» (p. 112), perché la vita vissuta da Gesù «ci insegna la direzione e lo spirito con cui la vita umana deve essere onorata e servita da ciascuno di noi» (p. 112). Occorre, pertanto, aiutare i giovani, afferma l'autore, a tornare ad avvicinarsi alla conoscenza di Gesù Cristo: non come ad una figura astratta o idealizzata ma ad un Gesù «persona viva, che tocca e sveglia le profondità di coscienza e di mente» (p. 100).

Alla luce della figura di Cristo come promana dai Vangeli, la pastorale della vita è chiamata ad affermare con forza la dignità della vita e della persona umana, perché l'uomo, unico fra le creature, è creato ad immagine e somiglianza di Dio e, in quanto tale, ha la dignità di persona: «non è qualcosa ma qualcuno, capace di conoscersi, di donarsi liberamente e di entrare in comunione con Dio e con le altre persone» (*Compendio del Catechismo della Chiesa Cattolica*, n. 66). Ecco, dunque, delinearci chiaramente la chiamata di ciascuno alla pienezza della vita: «la vita che Dio dona all'uomo è ben più che un esistere nel tempo. È tensione verso una pienezza di vita, è germe di un'esistenza che va oltre i limiti del tempo» (*Evangelium Vitae*, n. 34).

Nel richiamare l'importanza di uno sguardo approfondito alla persona umana, l'autore non si nasconde come le conseguenze negative, etiche e sociali, della separazione dell'esercizio della sessualità, intesa come soddisfacimento dell'eros, dalla dimensione della procreazione abbia riportato alla ribalta tematiche legate ai problemi specifici della vita, alcune delle quali conosciute da tempo, quali la contraccezione, la sterilizzazione e l'aborto, ed altre nuove, emerse con l'approfondimento degli studi della bioetica, quali la fecondazione artificiale, che solo nella proposta del personalismo cristiano fondato sui concetti di

unità della persona di anima e corpo, sulla complementarità dei sessi, sulla vocazione sponsale, trovano un superamento orientato alla pienezza di vita e dell'amore. Poiché la pastorale della vita non è una catechesi astratta ma «l'incontro della vita umana con la Vita divina nel Cristo Redentore» (p. 54), nell'unità profonda che esiste tra la vita umana stessa nella sua realtà psicofisica e spirituale con la vita soprannaturale portata da Cristo a tutto l'uomo, l'auspicio dell'autore è che nel procedere verso una pastorale organica in questo campo si ricominci ad approfondire il tema dell'accoglienza, del rispetto, della difesa e della promozione della vita umana come valore da custodire, dal concepimento alla morte naturale, in tutte le fasi della sua formazione e con un progressivo apprendimento nelle diverse tappe della persona ma soprattutto, in una visione «integrata, che coinvolga tutto il percorso formativo: tutto l'annuncio, tutta la liturgia e tutta la morale» (p. 54).

È, infatti, anche un'emergenza educativa che traspare dalle pagine di questo scritto e che non riguarda solo la comunità ecclesiale che, per la sua missione redentrice, questa pastorale è direttamente chiamata a portare avanti ma che coinvolge direttamente i laici, le famiglie, gli operatori e i professionisti delle attività educative perché l'istanza del richiamo del significato e del valore della persona in sé si traduca in un concreto impegno sociale nella difesa della vita considerata in tutto il suo valore antropologico.

Viste le recenti e problematiche discussioni sull'eutanasia e sul testamento biologico, considerata la frequente banalizzazione delle tematiche legate alla vita come dono, la coscienza di ciascuno di noi si trova, oggi più di sempre, interpellata ad una riflessione meno distratta sul valore della vita ed obbligata ad un impegno efficace per la sua promozione e difesa nella famiglia, nel lavoro e in qualunque altro ambito della realtà quotidiana.

Il testo è uno stimolante spunto di riflessione in tal senso ed un valido ausilio per quanti, anche non addetti ai lavori, si propongano una formazione più adeguata nei confronti del dono della vita e del suo valore fondamentale chiamato alla pienezza dell'amore.

Francesca Mazzi

Walter Glannon, *Brain, Body, and Mind: Neuroethics with a Human Face*, Oxford University Press, 2011.

The main argument of this book is to counter what the author calls "neuroreductionism" which is so prevalent among scientists today. He opens the debate with a disagreement with Francis Crick who in *The Astonishing Hypothesis* states that «You... are in fact no more than the behavior of a vast assembly of nerve cells and their associated molecules». According to Glannon, there are two aspects to this position: explanatory reductionism which states that everything about the mind can be explained in term of the brain; and ontological reductionism what equates the mind with the brain. In this vision, personhood and agency can be accounted for entirely in terms of neural processes. The mind is not explained but explained *away*.

Glannon proposes instead the idea of emergentism as an alternative understanding of the mind. According to this theory, the mind is not identified totally with the brain, but is distributed in the whole individual. It is substantiated by brain activities but is not restricted by them and includes interactions with the endocrine system, the immune system, and the environment. Emergent property means that the mind emerges from the brain when a certain level of complexity is reached. However, Glannon is careful to avoid the pitfall of dualism by emphasizing that this interaction is not linear or one way, but rather circular or multidirectional.

Consciousness is one of the questions addressed in the beginning chapter. Once again, the author resorts to the concept of a causally emergent property which rejects dualism but affirms the dual aspect of a unit. To suppose that consciousness is localized somewhere in the brain is a failure to properly understand neurophysiology. According to Glannon, the brain generates consciousness by distributed cortico-thalamic networks which depend on the ability of a frontal parietal network to integrate information. Related to consciousness are the concept of arousal which is a state or level of wakefulness generated and sustained by the thalamus and the ARAS (ascending reticular activating system); and the concept of self-awareness which is the content of consciousness—selfhood and surrounding environment—and results from interactions among the ARAS, thalamus and distributed areas of cerebral cortex. In addition, phenomenal consciousness refers to the qualitative character of experience, the awareness of being what it is like to be in that state. Access consciousness refers to information available for rational control in planning and decision making, and is temporally extended.

In the next chapters, the author focuses on the "free will" debate because new objections were put forth by experiments in the 1980s. In one widely quoted experiment, subjects were asked to flex their wrists or fingers. Researchers discovered that neural activities are detected in the brain to perform these actions milliseconds before the subjects have finalized their decision. Supposedly, this would then be a proof that we are not free, since the brain acted before we have decided. However, Glannon notes many problems with this and similar experiments. In this case, the decision to flex the finger has already been artificially made. Free will means more than flexing a muscle, but implies moral responsibility. Real life human actions are often preceded by a

complex process of forming conscious intentions distal to the action, intentions that were not tested in these experiments. Moreover, one cannot reduce normative notions from the empirical observations. That is, correlations found in imaging and other empirical tests are not indicative of causations.

The next question the author addresses regards moral reasoning. Some neuroscientists and clinical psychologists believe that moral intuitions are found in certain regions of the brain. In a famous experiment, subjects were given the choice to redirect a train which would kill one innocent bystander instead of five.

By correlations with neuroimaging techniques, they concluded that our moral thinking evolved from a “deontologist”, emotional and irrational gut feeling to a more consequentialist, utilitarian and thus rational reasoning. The author objects to this type of reductionism where moral justification is identified with an area of neurological substrate. Rather, Glannon believes that moral behavior is more complex and cannot be just reduced to areas of the brain. Pathologies of the brain are also discussed and even though they may correlate with defects of moral behavior, one must be careful not to equate correlation with causation.

Whereas the first part of the book looks at the neuroscience of ethics—that is how neuroscience looks at the biology and pathophysiology of consciousness, free will, and moral reasoning—the second part of the book addresses the ethics of neuroscience. A chapter deals with the ethics of the use of cognitive enhancement techniques including psychotropic drugs, deep brain stimulation (DBS), and transcranial magnetic stimulation (TMS). First, the author addresses the question on the real effectiveness of these procedures. That aside, we are faced with the questions of whether these techniques can be used not only to cure but also to enhance

concentration, memory or intelligence quotient. Would their use be considered a form of cheating and therefore a violation of our human dignity endowed with certain nature? These methods also raised the question of responsibility because one cannot know who the master of these actions really is: the person or the influence of these techniques. This raises new problems related to justice, social inequality, and coercion.

In the chapter concerning the results of traumatic brain injuries where patients are found in coma, persistent vegetative states (PVS), minimally conscious states (MCS) and locked-in syndromes, Glannon analyzes the different levels of consciousness and hence their ability to make autonomous decision. He addresses the questions of informed consent, substituted judgment and the role of physicians, especially in the employment of experimental treatments in clinical trials in place of standard therapy which may be a result of unrealistic expectations.

The author believes that clinical improvement of outcomes is not enough in using technology such as DBS in Parkinson’s disease or refractive depression. The same can be said of treating neurodegenerative diseases using stem cells, molecular or gene therapy. We need to ask the question about whether these experimental treatments really serve and help the human person as a whole. According to the author, “Neuroethics with a human face” means that we should place the human person at the center of these ethical dilemmas, and not just analyze the brain behind it.

Joseph Tham, L.C.

Elio Sgreccia, *Né un mestiere, né un podere. I ricordi, le proposte e le speranze*, IF Press, Morolo 2011, 195 pp.

Il libro racconta la vita del Cardinale Elio Sgreccia, Padre della Bioetica, e offre una riflessione ap-

profondita su importanti tematiche bioetiche. Il libro-intervista ripercorre gli anni dell’infanzia, il periodo in seminario, il percorso formativo, l’arrivo a Roma e l’attività nella Bioetica. Il Cardinale è Presidente emerito della Pontificia Accademia per la Vita, Presidente della Federazione Internazionale dei Centri ed Istituti di Bioetica di Ispirazione Personalista (FIBIP), della Fondazione *Ut Vitam Habeant* e dell’Associazione *Donum Vitae*.

L’autore inizia ricordando il momento della sua ordinazione episcopale conferita da Giovanni Paolo II.

Don Elio ricorda che con Giovanni Paolo II ha avuto «la gioia, la fortuna, il privilegio di vivere una lunga stagione di attività, e anche dei momenti del tutto speciali» (p. 11).

L’autore ricorda che Giovanni Paolo II espresse il desiderio e l’augurio di «essere ricordato come il Papa della famiglia e della vita» (p. 14).

Benedetto XVI lo ha creato Cardinale il 20 novembre 2010 in considerazione della sua instancabile opera a favore della vita.

Don Elio racconta che non avrebbe mai immaginato di abitare un giorno nel palazzo di fronte a quello dove abita il Papa, di passare qui anni molto significativi della storia della Chiesa.

Don Elio è nato da una famiglia profondamente religiosa ultimo di sei figli, cinque fratelli e una sorella. La mamma fu molto importante soprattutto per l’educazione alla fede spronando con il suo esempio i figli alla recita del Rosario tutte le sere. «Come ogni donna aveva quella parte di tenerezza e di comprensione che magari l’uomo, il papà, stanco dal lavoro del campo non mostrava. Aveva l’affetto, ma non lo mostrava» (p. 35).

Don Elio voleva entrare in seminario, ma il padre era contrario. Sotto il regime fascista, gli studi dei seminari, pur essendo seri e impegnativi, non erano riconosciuti legalmente. Per questo il padre era contrario. Il padre si era

ripromesso di lasciare ad ogni figlio o un podere o un mestiere e quando aveva settant'anni diceva di esserci riuscito. Si rammaricava però per il figlio più piccolo perché non aveva «né un mestiere, né un podere» (p. 31).

Don Elio entrò nel seminario nella diocesi di Fossombrone nel 1940. Nei primi anni del seminario, fu profondamente colpito dalla lettura di un libro del Cardinal Désiré-Joseph Mercier, fondatore dell'Università di Lovanio, sulla vita soprannaturale.

Don Elio maturò con la preghiera, gli esercizi spirituali e il consiglio del padre spirituale, la decisione diventare prete. Fu ordinato sacerdote il 25 giugno 1952.

Dopo questo periodo, fu nominato vicerettore e poi rettore al seminario di Fano. Durante gli anni in cui era al seminario, si laureò in Lettere e Filosofia all'Università di Bologna. In quel periodo si dedicò con grande passione agli studi filosofici sul personalismo.

Nel 1973 Don Elio fu chiamato alla Facoltà di Medicina e Chirurgia dell'Università Cattolica del Sacro Cuore in qualità di assistente spirituale. Quando Don Elio era all'Università Cattolica, il rettore gli chiese di collaborare con la rivista "Medicina e Morale", diretta dal professor Angelo Fiori. Don Elio iniziò come redattore e con il passare del tempo divenne co-direttore.

Quando Don Elio era coordinatore di redazione fu organizzata una "lezione integrata", chiamata oggi tavola rotonda, riguardante il tema dell'aborto.

L'aborto fu legalizzato con la legge n. 194 del 1978, ma nel 1975 già se ne parlava, tra le classi colte e nei giornali veniva prospettata l'eventualità di una proposta di legge, che i partecipanti a questa tavola rotonda volevano in qualche modo prevenire.

La "lezione integrata" fu preparata molto accuratamente, invitando ad intervenire il ginecologo Prof. Adriano Bompiani, di grande prestigio, il Prof. Angelo Fiori, medico legale e direttore della rivista "Medicina e Morale", un giurista

penalista, il Prof. Federico Stella di Milano, un teologo Padre Virgilio Fagone, gesuita della "Civiltà Cattolica", e Padre Angelo Serra, genetista.

Nella tavola rotonda si discusse sull'identità e statuto dell'embrione umano e quindi sulla validità dell'aborto volontario come delitto, sugli aspetti penali ecc.

Il problema fu che non si ebbe modo di controllare chi entrava a questa grande assemblea, che in realtà era rivolta agli studenti e tutti furono lasciati liberi di entrare, ma ebbero libero accesso anche militanti del Partito Comunista e di altri partiti di sinistra; vennero anche esponenti di partito ancora viventi, come l'onorevole Pannella.

Non appena i relatori ebbero concluso i loro interventi, alcuni partecipanti provenienti dall'esterno presero la parola, uno dopo l'altro contestando con i più vari argomenti.

Don Elio ricorda un intervento di uno psichiatra che lavorava alla Cattolica che sosteneva che l'embrione non è un essere umano finché la madre non lo riconosce, una tesi scientificamente insostenibile e contraria all'insegnamento della Chiesa.

Don Elio afferma che il 1978 fu segnato da tre fatti gravi nell'ambito della medicina. Il primo fatto fu la legge 194/78 sull'aborto, «legge nefasta, fra le peggiori, perché parla di tutela della maternità, ma in realtà legittima, fino a tre mesi di gravidanza, il ricorso all'aborto per qualsiasi ragione di malessere della donna (di tipo medico, sociale, psicologico), inoltre, da tre fino a sei mesi, consente il ricorso all'aborto per pericolo alla vita della madre o per imperfezione del feto che può determinare serie conseguenze per la salute della madre. Oltre a ciò, i consultori familiari istituiti nel 1975 dallo Stato ne risentirono sulla prassi non più rivolta alla prevenzione e alla dissuasione dall'aborto, ma a favorirlo, per dargli via libera, almeno per quanto riguarda i consultori pubblici» (pp. 100-101). Tale legge ha inferto

una ferita gravissima, abbiamo perduto in Italia da allora ad oggi circa cinque milioni di bambini.

Il secondo fatto è la legge 180/78, che riguarda i malati mentali. Tale legge «prescrive l'abolizione dei manicomi, fondandosi sull'illusoria teoria che la malattia mentale non nasce dall'individuo ma dalla società. Ciò implicherebbe il ricollamento dei pazienti a contatto con la società e la famiglia per la guarigione» (pp. 102-103). La legge prevede anche la presenza di centri che assistano le famiglie in difficoltà e somministrino i farmaci per i malati. La fase attuativa della legge ha creato non pochi problemi. I manicomi andavano indubbiamente riformati in modo da garantire un maggiore rispetto per il malato mentale e per la sua dignità. Si sono susseguiti rapporti e inchieste su come venivano gestiti i manicomi, come dei piccoli Lager, ma, così come è stato ideato e realizzato, il rimedio è stato peggiore del male. I manicomi furono aboliti, i centri di assistenza sul territorio tardarono ad essere organizzati e tuttora non riescono a decollare. Un'altra conseguenza negativa della legge sono stati i numerosi delitti dovuti alla dimissione dei malati mentali (p. 102).

Il terzo fatto fu la legge 883/78 che ha istituito il Servizio Sanitario Nazionale. Tale legge «prevedeva la riorganizzazione di tutto il settore assistenziale, con la garanzia del servizio sanitario pubblico e gratuito per tutti, attuando la legge più progressista e popolare di questo mondo, Ma non fu equa: tutto a tutti, certo! Ma secondo il bisogno, perché c'è chi può pagare e chi non può pagare e deve essere aiutato in tutto e per intero. L'allargamento quantitativo della medicina, con l'accentuazione della socializzazione del gratuito, favorì lo spreco eccessivo, sia in campo farmaceutico con un dispendio inutile di medicine sia in campo di prestazioni mediche» (pp. 102-103). A mano a mano che si ampliavano le opportunità di analisi, se ne usufruiva anche al più piccolo episodio, abusandone. Le spese in sanità erano enormi e

hanno finito per far crollare i bilanci dello Stato.

La Santa Sede designò Don Elio a far parte del Gruppo di lavoro che si era formato presso il Dipartimento della Ricerca e dell'Insegnamento del Consiglio d'Europa.

Il Gruppo pubblicò un documento sul tema: *Le médecine et les droits de l'homme*.

Negli anni Ottanta in seno al Consiglio d'Europa si cominciò a sentire la voce del Comitato Warnock che in Inghilterra aveva praticamente aperto la strada alla fecondazione *in vitro*. Nel Consiglio d'Europa fu istituito un *Comité ad hoc* per la gestione biomedica delle nuove problematiche, con la sigla CAHBI, poi modificato in CAHGE e finalmente in quello che è tuttora il Comitato Etico del Consiglio di Europa.

Il CAHBI aveva il compito di esaminare le varie problematiche etiche per preparare delle "Raccomandazioni". Don Elio fu inviato dalla Santa Sede come osservatore e partecipò a diverse riunioni in tema di genetica, ingegneria genetica, diagnosi prenatale ecc.

Don Elio fu nominato docente di Bioetica all'Università Cattolica del Sacro Cuore dal rettore nel 1984.

Don Elio ricorda che nella redazione del suo manuale di Bioetica cercò un criterio valido sia per i credenti, sia per i non credenti. L'autore trovò la soluzione nel personalismo ontologicamente fondato: l'identità umana si fonda sull'essere uomo, non sull'intelli-

genza o sull'esercizio della libertà o sulle condizioni di salute. L'uomo è tale per il semplice fatto di essere uomo, cioè di avere un'essenza o natura umana e un'esistenza individuale e questo vale per tutti gli uomini indistintamente. La visione antropologica del personalismo ontologicamente fondato prende in considerazione tutto l'essere, corpo e spirito nella sua unità (pp. 121-122).

Quando Don Elio era segretario al Pontificio Consiglio per la Famiglia fu organizzato a S. Pietro il primo incontro mondiale della famiglia alla presenza del Santo Padre.

Questo evento si è poi ripetuto ogni quattro anni in altre località del mondo alla presenza del Santo Padre, anche se a volte non ha potuto prendervi parte personalmente.

In quel periodo furono preparati dal Pontificio Consiglio per la Famiglia importanti documenti, come ad esempio il programma di preparazione al matrimonio e un opuscolo sulla sessualità destinato ai genitori e ai figli, soprattutto adolescenti.

Giovanni Paolo II nominò Don Elio vicepresidente e poi presidente della Pontificia Accademia per la Vita.

Essa intraprese subito una serie di studi per chiarire gli aspetti scientifici implicati nella *Evangelium Vitae*. Furono esaminati temi che riguardavano la genetica, il genoma umano e la dignità della persona, l'embrione umano e il suo statuto, la fecondazione artificiale, la legge naturale e il diritto alla vita.

Altri temi trattati furono la ricerca sperimentale nei suoi aspetti giuridici ed etici, l'obiezione di coscienza.

La Pontificia Accademia per la Vita ha pubblicato, inoltre, importanti documenti sulle cellule staminali, la clonazione e lo xenotrapianto.

La Pontificia Accademia per la Vita ha organizzato un congresso sullo Stato vegetativo persistente. Le conclusioni del congresso evidenziarono che la persona in Stato vegetativo persistente non può essere considerata un vegetale, ma una persona viva. Ciò permette di respingere il ricorso all'eutanasia.

La Pontificia Accademia per la Vita ha esaminato il tema dell'identità e statuto dell'embrione umano.

In Inghilterra il Comitato Warnock sosteneva che si poteva procedere alla sperimentazione sull'embrione fino ai primi 14 giorni dopo la fecondazione. La Pontificia Accademia per la Vita sottolineò che l'embrione è un essere umano e deve essere rispettato fin dal primo momento del concepimento.

La Pontificia Accademia per la Vita ha pubblicato un documento sulle cellule staminali nel quale ribadiva che dal punto di vista etico non è lecito l'utilizzo delle cellule staminali embrionali. L'utilizzo delle cellule staminali embrionali comporta la soppressione dell'embrione.

Al termine Don Elio sottolinea che la Chiesa ha l'importante compito della formazione delle coscienze.

Daniele Tortoreto